

SOBRE LA INFLUENCIA DEL CONSUMO EN LA PRODUCCION*

John Stuart Mill

Antes del surgimiento de aquellos grandes autores cuyos descubrimientos han dado a la política económica su actual carácter relativamente científico, las ideas sostenidas universalmente tanto por los teóricos como por los hombres prácticos acerca de las causas de la riqueza nacional tuvieron su fundamento en ciertos puntos de vista generales que en la actualidad casi todos aquellos que se han dedicado a investigar el tema consideran, con justicia, completamente erróneos.

Entre los errores más perjudiciales en cuanto a sus consecuencias directas y que contribuyeron en mayor medida a que no se lograra una concepción adecuada de los objetivos de la ciencia, o de la prueba aplicable a la solución de los interrogantes que plantea, figuraba la gran importancia atribuida al consumo. Crear consumidores era el fin principal de la legislación en materia de riqueza nacional, de acuerdo con la opinión generalizada. Un gran y rápido consumo era lo que los productores de todas las clases y categorías deseaban para enriquecerse a sí mismos y enriquecer al país. Este objetivo, bajo las distintas denominaciones de una gran demanda, una circulación activa, un gran gasto de dinero y a veces *totidem verbis* un gran consumo se consideró como la condición fundamental para la prosperidad.

En el estado actual de la ciencia, no es necesario debatir esta doctrina en su forma y aplicación más absurda. Ya no se sostiene la utilidad de un gran gasto gubernamental con el objeto de fomentar la industria. En la actualidad no se piensa que los impuestos son "como el rocío que vuelve en forma de lluvia fecunda". Ya no se considera que se beneficia al productor, al tomar su dinero, siempre que se le devuelva a cambio de sus bienes. No hay nada que impresione más a una persona reflexiva, con un profundo sentido de la superficialidad de los razonamientos políticos de los dos últimos siglos, que la favorable acogida general otorgada hace tanto tiempo a una doctrina que, si es que prueba algo, prueba que la gente más se enriquece cuanto más se toma de sus bolsillos para gastar en los placeres propios; que el hombre que roba dinero de un negocio, siempre que lo gaste nuevamente en el mismo negocio, es un benefactor del comerciante a quien le roba y que la misma operación, repetida con suficiente frecuencia, originaría la fortuna del comerciante.

En oposición a estos evidentes absurdos, los economistas políticos establecieron triunfalmente que el consumo nunca necesita incentivo. Todo lo que se produce ya está consumido, sea con el fin de la reproducción o del goce. La persona que ahorra sus ingresos no es menos consumidora que aquella que los gasta: los consume de manera diferente; el ingreso proporciona alimentos y vestimenta para ser consumidos, herramientas y materiales que serán utilizados por los trabajadores productivos. Por lo tanto, hay consumo hasta el punto máximo admitido por el monto de producción. Pero de las dos clases de consumo, reproductivo e improductivo, el primero incrementa la riqueza nacional mientras que el segundo la perjudica. Lo que se consume por el mero goce, desaparece; lo que se consume; para reproducir, deja a cambio bienes de igual valor, generalmente con el agregado de una ganancia. El efecto habitual de los intentos del gobierno para incentivar el consumo es simplemente impedir el ahorro; es decir,

* Traducido de Henry Hazlitt (comp.), *The Critics of Keynesian Economics*, N.Y.: Arlington House, Publishers, 1977. Derechos cedidos por Henry Hazlitt.

promover el consumo improductivo a costa del reproductivo y disminuir la riqueza nacional por los mismos medios con que se intentaba incrementarla.

Lo que un país necesita para enriquecerse nunca es el consumo sino la producción. Donde hay producción, podemos estar seguros de que no falta el consumo. Producir implica que el productor desea consumir, si no ¿por qué se dedicaría a un trabajo inútil? El productor puede no desear consumir lo que él mismo produce, pero su motivo para producir y vender es el deseo de comprar. Por lo tanto, si los productores generalmente producen y venden cada vez más, ciertamente también compran, cada vez más. Una persona puede no necesitar más de lo que produce, pero necesita más de lo que otro produce; y, produciendo lo que el otro necesita, desea obtener lo que el otro produce. Por lo tanto, nunca habrá una cantidad producida de bienes en general mayor que la cantidad de consumidores. Pero puede haber, y siempre hay, una gran cantidad de personas que desean convertirse en consumidores de alguna clase de bienes pero no pueden satisfacer su deseo porque no cuentan con los medios necesarios para producirlos o para producir algo a cambio de ellos. Por lo tanto, el legislador no necesita preocuparse por el consumo. Siempre habrá consumo para todo lo que puede producirse hasta que se satisfagan por completo las necesidades de aquellos que poseen los medios de producción, y entonces la producción ya no se incrementará. El legislador sólo debe tener en cuenta dos elementos: que no exista obstáculo alguno que impida que aquellos que poseen los medios de producción los utilicen de la forma que consideren más conveniente para su interés; y que aquellos que no cuentan en la actualidad con los medios de producción para satisfacer su deseo de consumo tengan todo tipo de facilidad para adquirir los medios que, al convertirse en productores, tendrán la posibilidad de consumir.

Casi todos los que admiten haber estudiado el tema comprenden ahora correctamente estos principios generales, y unos pocos los discuten, con excepción de aquellos que ostentadamente proclaman su desprecio por dichos estudios. Mencionamos esta cuestión, no por aclarar estas verdades fundamentales más de lo que están en la actualidad sino para llevar a cabo una tarea tan útil y necesaria que sería deseable que la realizaran más a menudo quienes dirigen sus ataques contra los viejos prejuicios: la de reconocer que no hay ningún fragmento de verdad significativa enterrado y perdido en las ruinas del error refutado. Todo prejuicio que haya prevalecido durante mucho tiempo entre las personas educadas e inteligentes debe ser ciertamente comprobado por medio de una prueba eficaz; y cuando se descubre que la evidencia no prueba la conclusión recibida, es de vital importancia examinar qué es lo que prueba. Si se considera que no vale la pena investigar este tema, a menudo se intercambia simplemente un error que se ajusta a las apariencias por un error contrario a las apariencias; en tanto, aun si el resultado es verdadero, es una verdad, paradójica y será difícil lograr credibilidad mientras persistan las falsas apariencias.

Por lo tanto, investiguemos la naturaleza de las apariencias que originaron la creencia de que una gran demanda, una circulación activa y un consumo rápido (tres expresiones equivalentes) son causa de la prosperidad nacional.

Si todo hombre produjera para sí mismo o con su capital empleara a otras personas para producir todo lo que necesita, los clientes y sus necesidades serían para él cuestiones sin importancia. Sería rico si hubiera producido y acumulado una gran cantidad de los artículos que probablemente necesitara; y pobre, si no hubiera acumulado ningún artículo o sólo los suficientes como para sobrevivir hasta que pudiera producir más.

Sin embargo, el caso es diferente a partir de la diferenciación de empleos. En una sociedad civilizada, un solo productor se limita a la producción de un bien o de una pequeña cantidad de bienes y su riqueza depende, no sólo de la cantidad de bienes que ha producido y acumulado sino también del éxito en encontrar compradores para su producto.

Es verdad, por lo tanto, que para cada productor: o comerciante particular es importante la existencia de una gran demanda, una circulación activa y un consumo rápido de los bienes -que vende en su negocio o produce en su fábrica. El comerciante cuyo negocio está atestado de clientes, que puede vender un producto inmediatamente después de ser terminado, obtiene importantes ganancias, mientras que su vecino, que cuenta con el mismo capital pero con menos clientes, gana comparativamente poco.

Era natural que en este caso, así como en cientos de otros, la analogía -de un individuo se aplicara inadecuadamente a una nación; así se llegó a la conclusión de que una nación generalmente se enriquece mediante la conquista de una provincia porque un individuo lo hace a menudo por medio de la adquisición de un bien inmueble; y así a causa del hecho de que un individuo estima su riqueza mediante la cantidad de dinero de que dispone, se consideró durante mucho tiempo que una forma excelente de enriquecer a un país era acumular artificialmente la mayor cantidad posible de metales preciosos dentro de su territorio.

Examinemos entonces, más detalladamente de lo que se ha hecho hasta ahora, el caso del que deriva la engañosa analogía. Averigüemos hasta qué punto son similares los dos casos; cuál es la explicación de la falsa apariencia y la naturaleza real del fenómeno que, considerado en forma indistinta, nos ha llevado a extraer una conclusión falsa.

Propondremos examinar un caso muy simple, pero su explicación será suficiente para aclarar todos los otros casos que se incluyan dentro del mismo principio. Supongamos que un grupo de extranjeros con importantes ingresos llegan a un país y allí gastan su dinero: ¿esta operación será beneficiosa, en términos de la, riqueza nacional, para el país que recibe a estos inmigrantes? Muchos economistas políticos opinan que sí, siempre que ahorren parte de sus ingresos y los utilicen en forma reproductiva; porque de esta forma algo se agrega al capital nacional y el producto es un claro incremento de la riqueza nacional. Pero si el extranjero gasta todos sus ingresos de manera improductiva, dichos economistas consideran que no beneficia al país, por la siguiente razón.

Si el extranjero convirtiera sus ingresos en pan y carne, vestimenta y calzado y en todos aquellos artículos que deseara consumir, no puede afirmarse que el hecho de comer, beber y usar dichos artículos en nuestro suelo en lugar de en el suyo sea ventajoso para nosotros en términos de riqueza. Ahora bien, el caso no es diferente si los ingresos se convierten en un bien como, por ejemplo, dinero, ya que cualquier cosa que suceda con posterioridad, con el objeto de proporcionarle lo que necesita, es un mero intercambio de equivalentes; y resulta imposible que una persona se enriquezca simplemente al recibir un valor igual a cambio de un valor igual.

Cuando se dice que las compras efectuadas, por el consumidor extranjero hacen que se emplee capital que de otro modo no daría utilidades a su propietario, los mismos economistas, políticos rechazan esta proposición, que incluye la falacia de lo que se ha llamado una "saturación excesiva general". Ellos declaran que el capital que cualquier persona ha elegido para producir y acumular siempre puede ser empleado, ya que el hecho de que lo haya acumulado prueba que tenía un deseo -insatisfecho; y si no puede encontrar algo para producir con el objeto de satisfacer las necesidades de otros consumidores, puede hacerlo para satisfacer las propias.

Es imposible rebatir estas proposiciones de la manera en que están expresadas. Pero hay una consideración que demuestra evidentemente que existe algo más en la cuestión que lo que aquí se tiene en cuenta, y esto, es que el razonamiento antes expuesto tiende claramente a probar que no beneficia en nada a un comerciante el hecho de entrar en su negocio y adquirir sus bienes. Uno podría preguntarse ¿de qué forma puede enriquecerse? Simplemente recibe cierto valor en dinero a cambio de un valor equivalente en bienes.

Tampoco esto da empleo a su capital, ya que nunca existe más capital del que puede utilizarse, y si una persona no compra sus bienes, otra lo hará; o, si nadie lo hace, existe sobreproducción en esa actividad, puede retirar su capital y aplicarlo en otro mercado.

Todos advierten la falacia de este razonamiento si se lo aplica a productores individuales, caso en el cual ni siquiera es aparentemente creíble; que la riqueza de un productor en gran medida depende de la cantidad de clientes y que en general cada comprador adicional incrementa las ganancias de dicho productor. Si este razonamiento, que sería absurdo si se lo aplicara a individuos, fuera aplicable a naciones, el principio en el cual se basa requeriría ser explicado y aclarado en detalle.

Tratemos de analizar con precisión la naturaleza real de las ventajas que un productor obtiene al incrementarse la cantidad de sus clientes.

Con tal propósito, es necesario hacer una observación acerca del significado de la palabra "capital". Por lo general se define como: alimento, vestimenta y otros artículos destinados al consumo del trabajador, junto con los materiales e instrumentos de producción. Opinamos que esta definición está particularmente expuesta a una mala interpretación; pensamos que en ocasiones han surgido muchas imprecisiones y algunos puntos de vista estrechos como consecuencia de interpretar en forma demasiado mecánica el significado literal de las palabras.

Consideramos que el capital, sea de un individuo o de una nación, consiste en cosas que tienen valor intercambiable, que el individuo o la nación posee con miras a la reproducción y no para uso improductivo por parte del propietario. Por lo tanto, todos los bienes no vendidos constituyen una parte del capital nacional y del capital del productor o comerciante a quien pertenecen. Es cierto que las herramientas, los materiales y los artículos de que se sirve el trabajador, son los únicos que tienen utilidad directa para la producción: y si cuento con un capital que consiste en dinero o en bienes en un depósito, sólo puedo utilizarlos como medios de producción en cuanto pueden ser intercambiados por los productos que conducen en forma directa a tal fin. Pero los alimentos, maquinarias, etc., que finalmente se adquirirán con los bienes que poseo en el depósito pueden no estar en el país en este momento, incluso puede que ni siquiera existan. Si, luego de vender los bienes, contrato trabajadores con ese dinero y los pongo a trabajar, seguramente estoy utilizando capital, aunque el trigo que dichos trabajadores pueden comprar en forma de pan con el dinero, puede en la actualidad estar en depósito en Dantzig o quizá ni siquiera haber germinado todavía.

Por lo tanto, capital es todo aquello que está destinado para ser utilizado reproductivamente, sea con su forma actual o de manera indirecta por medio de un intercambio previo (o incluso posterior). Supongamos que he desembolsado todo el dinero que poseo en salarios y herramientas y que el artículo que produzco está terminado: en el período que transcurre antes de que pueda venderlo, realizar las ganancias y desembolsarlas nuevamente en salarios y herramientas ¿podría decirse que no tengo capital? Por cierto que no: tengo el mismo capital que antes, quizá mayor, pero está "cautivo", tal como lo indica la expresión, y no se encuentra disponible.

Una vez que hemos examinado en detalle cómo está constituido el capital, es obvio que en todo momento existe una gran proporción del capital de un país que se encuentra inactivo. El producto anual de un país nunca se aproxima en magnitud a lo que debería ser si todos los recursos destinados a la reproducción, en suma, si todo el capital del país, se empleara plenamente.

Si todos los bienes por término medio permanecieran sin ser vendidos durante un período igual al requerido para su producción, resulta obvio que no más de la mitad del capital productivo del país estaría realmente cumpliendo con las funciones del capital. Las dos mitades se reemplazarían una a la otra, como el semicoro en una tragedia griega; o más bien, la mitad que estaba siendo utilizada sería una porción fluctuante, compuesta por partes, variables, pero el resultado sería que cada productor podría producir cada año sólo la mitad de la cantidad de bienes que produciría si estuviera seguro de que los vendería ni bien finalizase la producción.

Esto, o algo parecido a esto, es sin embargo la situación habitual, en todo momento, de un gran número de capitalistas en el mundo.

El número de productores o comerciantes que rotan su capital en el menor tiempo posible es muy reducido. Existen algunos comerciantes que venden tan rápido sus mercaderías que todos los productos que su propio capital o el capital que piden prestado les permite ofrecer son demandados tan rápido como se ofrecen. La capacidad de comercio de la mayoría no es la adecuada para el monto de capital del que dispone. Es cierto que en las comunidades donde la industria y el comercio se practican con mayor éxito, "las actividades bancarias" permiten al poseedor de un capital mayor que el que puede emplear en su propia empresa, que lo utilice en forma productiva y que, no obstante, obtenga ingresos a partir de él. Aún, hasta ese momento, existe necesariamente una gran cantidad de capital que se mantiene fijo en forma de herramientas, maquinarias, edificios, etc., sea que esté utilizado en parte o en su totalidad; y todo comerciante mantiene un stock con el fin de estar preparado para una posible demanda repentina, aunque probablemente no pueda disponer de él durante un período indefinido.

Esta permanente inactividad de una gran parte del capital es el precio que pagamos por la división del trabajo. La adquisición vale lo que cuesta, pero el precio es considerable.

Existen tres pruebas que indican la importancia del hecho que se acaba de observar. Una es la elevada suma que a menudo se paga por el valor llave de un local determinado. Otra está constituida por los altos alquileres pagados por locales en ciertas ubicaciones, como por ejemplo, cerca de una calle muy transitada, cuya única ventaja es que el ocupante puede esperar la afluencia de una mayor cantidad de clientes, y así reciclar su capital con mayor rapidez. Otra de las pruebas, es que en muchos comercios se venden artículos de igual calidad a precios más bajos que en otros. Es evidente que esto no significa sacrificar en forma voluntaria la obtención de ganancias: debido a que puede haber una marcada afluencia de clientes, estos comerciantes esperan reciclar su capital con mayor rapidez y ganar por el hecho de mantenerlo en su totalidad en un nivel de empleo más constante a pesar de que, en una operación determinada, sus ganancias sean reducidas.

El razonamiento que hemos citado antes para demostrar lo inútil que resulta un mero comprador o cliente para enriquecer a una nación o a un individuo, se refiere sólo al caso de comerciantes que ya hayan llevado a cabo tantas transacciones como su capital se lo permita, y que hayan vendido sus bienes lo más rápido posible. Para éstos, un comprador adicional es, en realidad, inútil, ya que, si están seguros de que sus bienes serán adquiridos en cuanto salgan a la venta, es irrelevante el hecho de que se los vendan a una persona o a otra. Pero es discutible si en realidad existen comerciantes que se encuadren dentro de esta hipótesis con exactitud; para la gran mayoría de ellos, un cliente adicional equivale a un aumento en su capital productivo. Les permite convertir una parte de su capital que yacía inactiva (y que nunca podría haberse tornado productiva en sus manos hasta que surgiera un cliente) en salarios e instrumentos de producción; y si suponemos que el bien, a menos que fuera comprado por el cliente, no hubiera tenido un comprador durante el año siguiente, entonces, todo lo que un capital de ese valor permite producir durante un año es ganancia neta, ganancia para el comerciante o productor, y para los trabajadores que éste empleará; y de esta manera (si ninguno sufre alguna pérdida correspondiente), es ganancia para la nación. Por lo tanto, la producción agregada del país para el año siguiente se verá incrementada no por el simple intercambio, sino porque se pone en actividad una parte del capital nacional, el cual, de no haber sido por el intercambio, hubiera permanecido inutilizado durante un tiempo más prolongado. De este modo, en realidad existen en todo momento Productores y comerciantes de todas o prácticamente todas las clases, cuyo capital está parcialmente inactivo debido a que no han encontrado los medios para lograr las condiciones que la división del trabajo considera indispensables para el empleo total del capital, es decir, el intercambio de sus productos entre ellos. Si estas personas pudieran encontrarse, podrían, liberarse

mutuamente de esta desventaja. Dos comerciantes cualesquiera, con un nivel insuficiente de actividad, que acordaran comprarse mutuamente en los negocios de cada uno siempre que pudieran adquirir artículos de la misma calidad y a un precio tan bajo como en los otros negocios, le prestarían un servicio a la nación. Podría decirse que ellos, con anterioridad, debieron haber comprado, por el mismo monto, a otros vendedores; pero esto es falso, ya que ellos sólo pudieron haber obtenido los medios para comprar si previamente tuvieron la posibilidad de vender. A través de su acuerdo, cada uno podría ganar un cliente, que les permitiría activar una mayor proporción del capital; por lo tanto, cada uno obtendría un mayor producto y así podrían convertirse en mejores clientes uno para el otro de lo que serían para terceros.

Es evidente que todo comerciante cuyo negocio carece de la magnitud suficiente para emplear su capital (que es el caso de todos los comerciantes cuando inician su actividad, y de muchos durante toda su vida) se encuentra en esta difícil situación simplemente por carecer de una persona con quien intercambiar sus bienes, y como es probable que en todos los ramos del comercio se encuentren personas que están más, o menos en la misma situación, es evidente que si dichas personas se buscaran unas a otras tendrían la solución en sus manos, y ayudándose mutuamente activarían su capital en una mayor proporción.

Ahora podemos definir la naturaleza exacta del beneficio que otorga al productor o al comerciante la aparición de un nuevo cliente:

1. Si una porción de su propio capital estaba inactiva en forma de bienes no vendidos y resultaba improductivo (sea por un período corto o largo), parte de él entra en actividad y se vuelve capital productivo en forma más constante. Pero a este hecho debemos agregar otras ventajas.

2. Si la demanda adicional excede lo que puede ofrecerse liberando el capital que existe en forma de bienes no vendidos, y si el comerciante posee recursos adicionales, que estaban invertidos en forma productiva (por ejemplo en fondos públicos) pero no en su propia actividad, puede obtener de una parte de ellos, no simplemente un interés, sino ganancias, y de este modo ganará la diferencia existente entre la tasa de beneficio y la tasa de interés que puede considerarse como "salarios de superintendencia".

3. Si el comerciante emplea la totalidad de su capital en su actividad y ninguna parte de él se mantiene inactiva en forma de bienes no vendidos, la nueva demanda le proporciona un estímulo adicional hacia el ahorro, permitiendo que sus ahorros den no sólo interés sino también beneficios; y si decide no ahorrar (o hasta que haya ahorrado), le permite llevar a cabo transacciones adicionales con capital prestado y ganar la diferencia entre el interés y el beneficio o, en otras palabras, recibir salarios de superintendencia sobre un monto mayor de capital.

Se observará que éste es un informe completo de todos los beneficios que un comerciante de cualquier ramo puede obtener al incrementarse el número de aquellos que comercian con él; y es evidente que estas ventajas son reales e importantes y que son la causa que induce al comerciante de cualquier tipo a procurar un incremento de su negocio.

De estas premisas se desprende que la aparición de un nuevo consumidor improductivo (que vive con sus propios recursos) en cualquier lugar, sea un pueblo, una ciudad o un país, es beneficiosa para ese lugar si proporciona a cualquiera de los comerciantes establecidos allí alguna de las ventajas antes enumeradas, sin privar de una ventaja semejante a cualquier otro comerciante del mismo lugar.

Ésta, en consecuencia, es la prueba a la que deben someterse todas las cuestiones de este tipo y por la cual debe decidirse la legitimidad del razonamiento analógico, se trate de un comerciante o de una nación.

Tomemos como ejemplo París, ciudad muy frecuentada por extranjeros provenientes de diferentes partes del mundo, quienes, como residentes temporarios, viven en forma

improductiva con sus propios recursos. Consideremos, entonces, si la presencia de estas personas es beneficiosa para París desde el punto de vista industrial.

No consideraremos aquella parte de la renta de los extranjeros que éstos pagan a los nativos en calidad de remuneración directa por servicios prestados, o por trabajos de cualquier clase. Evidentemente, esto es beneficioso para el país. Un aumento en los fondos utilizados para emplear trabajo, sea éste productivo o improductivo, tiende igualmente a elevar los salarios. Hasta este punto la situación de toda la clase trabajadora se ve beneficiada. Es cierto que todos los trabajadores empleados de esta manera por extranjeros están, en su totalidad o en parte, apartados de un empleo productivo. Pero esto está lejos de ser un perjuicio ya que, o bien la situación de la clase trabajadora se ve mejorada, lo que es mucho más que el equivalente de la disminución en la producción, o bien el aumento de los salarios actúa como un estímulo para la población, y así el número de trabajadores productivos vuelve a ser tan grande como antes.

A esto podemos agregar que las cantidades que los extranjeros pagan en calidad de salarios por trabajos o servicios (sean constantes o temporarios), aunque sean gastadas por el primer poseedor en forma improductiva, pueden, cuando pasan a manos de los receptores, ser ahorradas por estos últimos e invertidas en forma productiva. De ser así, se efectúa un incremento directo del capital nacional.

Todo esto es evidente y suficientemente reconocido por los economistas políticos, quienes invariablemente han diferenciado los beneficios de todas las personas incluidas en la categoría de empleados domésticos como ventajas reales para un lugar provenientes de la residencia en ese lugar de un mayor número de consumidores improductivos.

Sólo debemos examinar si la compra de bienes por parte de dichos consumidores improductivos confiere el mismo tipo, de beneficio al pueblo, ciudad o nación que el que otorga a un comerciante determinado el negociar en su local.

Ahora bien, es obvio que los extranjeros, a su llegada, confieren el beneficio en cuestión a algunos comerciantes que con anterioridad no gozaron de él. Compran sus alimentos, y muchos otros artículos, a los comerciantes del lugar. En consecuencia, ponen en actividad el capital de algunos comerciantes, que estaba inmovilizado en forma de bienes no vendidos. De este modo los inducen a ahorrar y les permiten recibir salarios de superintendencia sobre una mayor cantidad de capital. Siendo estos efectos innegables, surge el interrogante acerca de si la presencia de extranjeros priva a otros comerciantes de París de una ventaja similar.

Se observará que esto ocurre y sólo quedará por hacer una comparación de los montos.

Es evidente para todos aquellos que reflexionan que las remesas a personas que gastan sus ingresos en países extranjeros se convierten, luego de un breve pasaje por metales preciosos, en bienes, y que normalmente el resultado consiste en un aumento en las exportaciones y una disminución en las importaciones, hasta que estas últimas caen con respecto a las primeras por la cantidad de remesas.

Por lo tanto, la llegada de los extranjeros (por ejemplo, de Inglaterra), mientras que crea en París un mercado de bienes equivalente en valor a sus fondos, desplaza del mercado a otros bienes de igual valor. En cuanto al aumento en las exportaciones de Inglaterra a Francia por medio de remesas, introduce bienes adicionales que, debido a su bajo precio, desplazan a otros que se producían con anterioridad en ese país. En lo que respecta a la disminución de las importaciones a Inglaterra desde Francia, los bienes ya existentes, o que eran habitualmente producidos en Francia, son privados de un mercado o sólo pueden encontrarlo a un precio que no resulta suficiente para cubrir el costo.

Por lo tanto, debe ser meramente accidental que al llegar a un lugar el nuevo consumidor improductivo cause una ventaja neta a su industria, del tipo de la que estamos analizando. Además, esto, como cualquier otro cambio en los canales del comercio, puede tornar inútil una parte del capital fijo y aun dañar la riqueza nacional.

Sin embargo, aquí debemos hacer una distinción.

El lugar al que han llegado los nuevos consumidores improductivos puede ser una ciudad, un pueblo, o también un país. Si se trata de una ciudad o de un pueblo, puede ser o no un lugar con comercio de exportación.

Si el lugar no comerciaba anteriormente sino con sus vecinos inmediatos, no existen exportaciones e importaciones por cuya nueva situación puedan efectuarse remesas. No hay capital anteriormente empleado en la producción para el mercado exterior, que ahora sea llevado a un menor nivel de empleo.

Sin embargo, es obvio que la remesa aún se efectúa en bienes, pero, en este caso, sin desplazar ningún bien que fuera producido con anterioridad. Para poder demostrar esto, es necesario efectuar las siguientes observaciones.

La razón por la cual existen las ciudades es que *ceteris paribus* es conveniente, para poder ahorrar el costo del transporte, que la producción de mercaderías se efectúe lo más cerca posible del consumidor. El capital encuentra su camino tan fácilmente de la ciudad al campo y del campo a la ciudad que el monto de capital en la ciudad será regulado en su totalidad por el monto que puede emplearse allí en forma más conveniente que en cualquier otra parte. En consecuencia, el capital de un lugar debe ser tal que sea suficiente para:

1º) Producir todos los bienes que por circunstancias locales puedan producirse en dicho lugar a un costo inferior que en cualquier otra parte; y si éste fuera el caso con un mayor alcance, será una ciudad exportadora. Cuando nos referimos al término producido podemos añadir: *o almacenado*.

2º) Producir y vender al por menor los bienes que consumen los habitantes de la ciudad y el lugar de cuya producción, por otra parte, carece de importancia. A los habitantes de la ciudad deben sumarse aquellos moradores del país vecino que están más cerca del lugar que de cualquier otro mercado que esté igualmente bien provisto. .

Ahora bien, si nuevos consumidores improductivos concurren al lugar, es evidente que como consecuencia del último de estos dos propósitos se requerirá más capital que antes. Por lo tanto, si no se requiere menos para el primer propósito, se establecerá más capital.

Hasta la llegada de este capital adicional, los productores y comerciantes que ya se encontraban en el lugar gozarán de grandes ventajas. Cada partícula de su propio capital se empleará en el más alto nivel de actividad. Aquello que su capital no les permita ofrecer, se obtendrá de otros productores establecidos a distancia, en términos no tan favorables; en consecuencia, se encontrarán en la situación de poseer un monopolio parcial: recibiendo para cada cosa un precio regulado por un costo de producción superior al que están obligados a pagar. Además, al tener posesión del mercado, podrán hacer que una gran parte del nuevo capital pase por sus manos, y de este modo ganar "salarios de superintendencia" sobre éste.

Si, realmente, el lugar de donde provinieron los extranjeros había comerciada previamente con aquel en el que han establecido su residencia, el efecto de su llegada es que las exportaciones de la ciudad disminuirán y que recibirá del exterior bienes que antes se producían localmente. De esta manera, se liberará un monto de capital igual al requerido y no habrá aumento en el conjunto. El hecho de trasladar un grupo de gente desde Londres a Birmingham no aumentará necesariamente el monto del capital en el último lugar, aunque probablemente * lo haga. El aflujo de dinero hacia Birmingham y el flujo desde Londres harían más rentable producir algunos artículos en Londres para ser consumidos en Birmingham, y producir otros en Londres para el consumo interno que antes se traían desde Birmingham.

* Probablemente debido a que la mayoría de los artículos de tipo decorativo seguirán siendo solicitados a los mismos fabricantes, éstos, con su capital, probablemente seguirán a sus clientes. Además, al trasladarse de un lugar a otro dentro del, o país, la mayoría de las personas; cambiará no tanto su ocupación, sino más n su lugar de residencia. Pero el traslado en este respecto sería recíproco.

Pero en vez de Birmingham, que es una ciudad exportadora, pensemos en un pueblo o en una ciudad que sólo haya producido y vendido al por menor para sí misma y para sus vecinos inmediatos. Las remesas deben llegar allí en forma de dinero, y a pesar de que éste no permanecería sino que se enviaría a otra parte a cambio de bienes, sin embargo, primero pasaría por las manos de los productores y comerciantes locales y sería exportado por ellos a cambio de los artículos que requieren, es decir, materiales, herramientas y existencias necesarias para el incremento en la producción que ahora se les demanda, y artículos de lujo extranjeros para su propio consumo improductivo incrementado. Estos artículos no desplazarían a cualquier otro producido anteriormente en el lugar sino que, por el contrario, fomentarían la producción de una mayor cantidad de artículos.

En consecuencia, podemos considerar como establecidas las siguientes proposiciones:

1. El gasto de los absentistas (excluyendo el caso de los empleados domésticos) no es necesariamente una pérdida para el país del cual emigran o una ganancia para el país al que concurren, ya que casi todos los países exportan e importan habitualmente por un valor mucho mayor que el ingreso de sus absentistas o de los residentes temporarios extranjeros dentro de su territorio.

2. Pero los residentes temporarios a menudo benefician a la *ciudad o pueblo* al que concurren y los absentistas perjudican a aquella ciudad o pueblo del cual emigran. El capital del pequeño comerciante de una ciudad chica, cerca de la finca de un absentista, se encuentra privado del mercado para el cual está situado convenientemente y debe concurrir a otro que cuenta con capitales más cercanos y donde, en consecuencia, hay más oferta y las ganancias son menores, obteniendo sólo el mismo precio con mayores gastos. Pero este perjuicio sería igualmente ocasionado si, en vez de irse al exterior el absentista se hubiera trasladado a su propia capital.

Si el comerciante pudiera, en este último caso, trasladarse a la metrópoli, o, en el primero, dedicarse a incrementar la producción para exportación, o emprender la producción de bienes para el consumo local que ya no se importan, cada cosa en el lugar más conveniente para dicha operación, no sería un perdedor a pesar de que se podría decir que el lugar que se ve obligado a dejar sufre pérdidas.

París, indudablemente, obtiene muchos ingresos por los extranjeros que residen en forma temporaria, mientras que las grandes ciudades mercantiles e industriales tales como Ruán, Burdeos, Lión y otras, sufren la pérdida causada por la disminución de las exportaciones desde Francia; asimismo sufren la parte principal de la pérdida ocasionada por la importación de bienes que antes se producían, localmente. Así, el capital, dejado en libertad, encuentra que el lugar más conveniente resulta París, ya que el negocio al cual deberá volcarse es la producción de bienes que serán consumidos de manera improductiva por los residentes temporarios.

Las grandes ciudades mercantiles de Francia serian, sin duda, más prósperas si este país no fuera frecuentado por extranjeros.

Roma y Nápoles obtienen, quizás, un beneficio total debido a los extranjeros que residen allí en forma temporaria, ya que su comercio exterior es tan poco importante que en su caso puede asemejarse, en nuestra hipótesis, al de un pueblo.

El absentismo, por lo tanto, es un mal local y no nacional; y el lugar frecuentado por los extranjeros, mientras compren para consumo improductivo, no representa, en ningún país mercantil, un beneficio nacional pero sí puede ser un beneficio local.

A partir de las consideraciones que hemos hecho es obvio el significado de expresiones como *demanda activa* y *circulación rápida*. Existe demanda activa y circulación rápida cuando las mercaderías, en términos generales, se venden tan rápido como se producen. Por el contrario, hay inactividad y estancamiento cuando las mercaderías producidas permanecen durante largo tiempo sin ser vendidas. En el primer caso, el capital asignado a la producción, es liberado tan pronto como ésta se completa, y puede emplearse

inmediatamente en más producción. En el segundo caso, gran parte del capital productivo del país permanece momentáneamente inactivo.

Conforme a lo ya expuesto, es obvio que los períodos de "demanda activa" son también los de mayor producción: el capital nacional nunca se emplea al máximo, salvo en estos períodos. Sin embargo, esto no es razón para desearlos; no es deseable que todo el capital del país deba emplearse al máximo, dado que, como las estimaciones de los productores y los comerciantes son necesariamente imperfectas, existe siempre exceso de algunos bienes, así como escasez de otros. Si, entonces, se conociera toda la verdad, siempre habría algunos productores que reducirían sus operaciones en lugar de ampliarlas. Si *todos* ellos se esfuerzan por aumentarlas, es señal de que existe alguna ilusión general. La causa más común de tal ilusión es una generalizada, o muy extendida, alza de precios (sea causada por especulación o por la moneda) que convence a todos los comerciantes de que se están enriqueciendo. Y, en consecuencia, realmente se produce un aumento de la producción, mientras se gesta la depreciación, siempre y cuando no se sospeche su existencia; y esto es lo, que da a las falacias de la escuela monetarista (cuyo principal representante es Attwood), la escasa credibilidad que poseen. Pero cuando desaparece la ilusión y se revela la verdad, aquellos cuyos bienes están relativamente sobreofertados deben disminuir su producción o caer en la ruina; y si durante el alza de los precios han construido fábricas e instalado maquinarias probablemente se arrepentirán durante la inactividad.

En el estado actual del mundo del comercio, las transacciones mercantiles se llevan a cabo en gran escala pero las causas remotas de las fluctuaciones en los precios se entienden poco, y entonces las esperanzas y los miedos irracionales ejercen alternativamente su imperio sobre la mayoría del público; el anhelo general de comprar y la renuencia general a comprar se suceden de manera más o menos acentuada con breves intervalos. Excepto durante períodos cortos de transición, existe casi siempre una gran actividad en los negocios o un gran estancamiento; los productores principales de casi todos los artículos líderes de la industria reciben una cantidad de pedidos que iguala a su capacidad productiva, o bien los comerciantes de casi todos los ramos tienen sus depósitos colmados de mercaderías no vendidas.

En este último caso, suele decirse que existe una sobreabundancia generalizada; y como ninguno de los economistas que han rebatido la posibilidad de una sobreabundancia generalizada negaría la posibilidad, o aun la ocurrencia frecuente del fenómeno que acabamos de mencionar, parecerían sentirse obligados a mostrar que la expresión que rechazan no es aplicable a un estado de cosas en el cual todos los bienes o la mayoría de ellos permanecen sin vender, en el mismo sentido en que se dice que hay sobreabundancia de cualquier bien cuando queda almacenado en los depósitos de los comerciantes por falta de mercado.

Esto no es más que una cuestión de denominación, pero tiene suma importancia, ya que nos parece que gran parte de las diferencias de opinión se han producido por una simple divergencia en el modo de describir los mismos hechos, y que personas que en el fondo estaban totalmente de acuerdo se consideraron unas a otras responsables de graves errores, y a veces de tergiversaciones, con respecto a este tema.

Con el fin de proporcionar las explicaciones necesarias para considerar la doctrina de la imposibilidad de un exceso de todos los bienes, debemos referirnos por un momento al razonamiento por el cual comúnmente se sostiene esta imposibilidad.

Se considera que no puede haber un deseo de los compradores por todos los bienes porque cualquiera que ofrece un bien para la venta desea obtener otro a cambio, y en consecuencia es un comprador por el mero hecho de ser un vendedor. Los vendedores y los compradores, para todos los bienes considerados en conjunto, deben estar, por la necesidad metafísica del caso, exactamente equilibrados; y si existen más vendedores que compradores de un bien, deberá haber más compradores que vendedores de otro.

Este razonamiento se basa evidentemente en el supuesto de trueque en el cual es perfectamente incuestionable. Cuando dos personas realizan un trueque cada uno es a la vez vendedor y comprador. No se puede vender sin comprar. No se vende lo que se posee a menos que se elija comprar algún otro bien a otra persona.

Sin embargo, en el supuesto de que se utilice dinero, esta proposición deja de ser rigurosamente cierta. Debe admitirse que nadie desea el dinero por el dinero mismo (a menos que se trate de personas avaras que constituyen una rara excepción), y aquel que vende un bien recibiendo dinero a cambio lo hace con la intención de comprar otro bien con ese dinero. Por lo tanto, como a menudo se ha observado, el intercambio por medio de dinero no es, en última instancia, sino trueque. Pero hay una diferencia: en el caso del trueque la venta y la compra se confunden simultáneamente en una operación; uno vende lo que tiene y compra lo que quiere por un acto indivisible y no puede hacer una cosa si no hace la otra. Ahora bien, el efecto del uso del dinero, y aun su utilidad, consiste en que permite dividir este único acto de intercambio en dos actos u operaciones separados, uno de los cuales puede realizarse ahora y el otro un año después o cuando resulte más conveniente. A pesar de que aquel que vende realmente sólo lo hace con la intención de comprar, no necesita hacerlo en el mismo momento en que vende; y, en consecuencia, no necesariamente se suma a la demanda *inmediata* de un bien cuando sí lo hace a la oferta de otro. Al estar ahora separadas la compra y la venta puede efectivamente ocurrir que haya en un momento dado una inclinación generalizada a vender con la mayor urgencia posible acompañada por una simultánea inclinación, también generalizada, a diferir todas las compras lo más que se pueda. Este es el caso que se observa en aquellos períodos descritos como de sobreabundancia generalizada. Y, después de una explicación suficientemente clara, nadie cuestionará la posibilidad de una superabundancia generalizada, en este sentido de la palabra. El estado de cosas que acabamos de describir, y que no es raro que ocurra, hace referencia a esto.

Pues, cuando existe una gran ansiedad por vender y una aversión general por comprar, toda clase de bienes permanecen durante largo tiempo sin vender y aquellos que encuentran un mercado inmediato se colocan a precios muy bajos. Si se sostiene que cuando todos los bienes sufren una baja en sus precios, tal baja no tiene consecuencias ya que el mero precio monetario no es fundamental mientras el valor relativo de todos los bienes se mantenga igual, respondemos que esto sería cierto si los precios se mantuvieran bajos por tiempo indefinido. Pero como seguramente, tarde o temprano, volverán a subir, la persona que se encuentre obligada por necesidad a vender su bien a un precio monetario bajo realmente será perjudicada, ya que el dinero que recibe caerá a corto plazo a su valor ordinario. Por lo tanto, cada persona retardará la venta, si puede, manteniendo su capital en estado improductivo durante tal período, y en consecuencia sufrirá la pérdida de un interés. Hay estancamiento para aquellos que no -están obligados a vender y miseria para aquellos que lo están.

Es verdad que este estado de cosas puede ser sólo, temporario, y aun será sucedido por una reacción de similar intensidad, ya que aquellos que han vendido sin comprar seguramente comprarán en definitiva, y entonces habrá más compradores que vendedores. Pero, a pesar de que el exceso de oferta es necesariamente sólo temporario, esto es lo único que puede decirse de cada sobreoferta parcial. El estado de sobreabundancia del mercado es siempre temporario y por lo general le sigue una reactivación de la demanda fuera de lo común.

Con el fin de que el razonamiento en favor de la imposibilidad de un exceso de todos los bienes sea aplicable al caso en el cual se utiliza un medio circulante, el dinero en sí mismo debe considerarse como un bien. Indudablemente, debe admitirse que no puede haber exceso de todos los bienes y exceso de dinero al mismo tiempo.

Pero aquellos que durante períodos tales como los que hemos descripto afirmaron que existió un exceso de todos los bienes nunca consideraron que el dinero fuera uno de dichos bienes; sostenían que no existía exceso sino falta del medio circulante. Lo que denominaban superabundancia generalizada no era una superabundancia de algunos

bienes en relación con otros, sino una superabundancia de todos los bienes en relación con el dinero. Esto llevó a que todas las personas en ese momento determinado, y a partir de una expectativa generalizada de tener que satisfacer necesidades repentinas, se inclinaron por el dinero antes que por cualquier otro bien. En consecuencia, existía demanda de dinero y todos los demás bienes se encontraban en desventaja relativa. En circunstancias extremas el dinero es captado en forma masiva y se acumula; en casos más comunes, la gente simplemente posterga el gasto de su dinero o difiere cualquier nueva transacción que implique desprenderse de él. Pero el resultado es que el precio de todos los bienes disminuye o se hacen invendibles. Cuando esto ocurre a un único bien se dice que existe sobreabundancia de ese bien; y, si la expresión es acertada, no parece inadecuado, decir, por la naturaleza del caso, que existe una superabundancia de todos o de la mayoría de los bienes cuando todos o la mayoría de ellos se, encuentran en esta misma situación.

Sin embargo, es muy importante observar que el exceso de todos los bienes, en el único sentido posible, significa sólo una disminución temporaria de su valor en relación con el dinero. Suponer que los mercados para todos los bienes podrían, en otro sentido que no sea el mencionado, tener existencias excesivas, implicaría el absurdo de que los bienes pueden disminuir su valor en relación con ellos mismos; o que, de dos bienes, cada uno puede disminuir en relación con el otro. A sería igual a $B-x$, y B igual a $A-x$ al mismo tiempo. Y tal vez sea razón suficiente para no utilizar expresiones de esta naturaleza, el hecho de que sugieren la idea de producción excesiva. La falta de mercado para un bien puede surgir de la producción excesiva de dicho bien; pero cuando los bienes en general se hacen invendibles se debe a una causa completamente diferente; no puede haber producción excesiva de bienes en general.

El razonamiento contra la posibilidad de una sobreproducción generalizada es bastante decisivo, siempre y cuando se refiera a la doctrina de que un país puede acumular capital demasiado rápido; dicho producto en general puede, al incrementarse más rápido que su demanda, llevar a los productores a la miseria. Aunque parezca extraño, esta proposición fue casi una doctrina aceptada hace sólo treinta años; y el mérito de aquellos que la refutaron es mucho mayor de lo que podría inferirse del evidente despropósito que representa cuando se la expresa en su simplicidad originaria. Es cierto que si fueran satisfechos todos los deseos de todos los habitantes de un país, ningún capital podría encontrar una asignación útil; pero en tal caso no se acumularía nada. Mientras existan personas desposeídas, no de bienes para la subsistencia sino de artículos suntuarios, dispuestas a trabajar para obtenerlos, existe empleo para el capital; y si los bienes que estas personas desean no se producen o no se encuentran a su disposición, esto sólo puede suceder porque no existe capital disponible para emplear, si no a otros trabajadores, a los mismos interesados en producir los bienes para consumo propio. Nada puede asemejarse más a una quimera que el miedo a que la acumulación de capital produzca miseria y no riqueza, o que alguna vez ocurrirá muy rápidamente y terminará. Nada es más cierto que el hecho de que es el producto lo que constituye el mercado para el producto, y que cada incremento de la producción, si se distribuye sin error de cálculo entre todos los tipos de bienes en la proporción que determinaría el interés privado, crea o más bien constituye su propia demanda.

Esta es la verdad que han adoptado y puesto en práctica quienes refutaron la concepción de producción generalizada; no consideramos haberle agregado o quitado algo en este trabajo, pero sí pensamos que aquellos que reciben la doctrina acompañada por nuestras explicaciones entenderán más claramente que antes, lo que ésta incluye o no; y observarán que, cuando se la comprende totalmente, en modo alguno contradice aquellos hechos obvios de los que se sabe y se admite universalmente que ocurren no sólo en forma posible sino real y frecuente. La doctrina en cuestión sólo aparenta ser una paradoja porque siempre se la ha expresado de tal manera que parece contradecir estos hechos conocidos; sin embargo, fueron igualmente conocidos por los autores de la doctrina, quienes, entonces, sólo pueden haber adoptado por inadvertencia cualquier forma de expresión que a una persona ingenua pueda parecerle incoherente con aquélla.

Los puntos fundamentales de la doctrina se mantienen cuando se acepta que no puede haber exceso permanente de producción o de acumulación; a pesar de que se admita al mismo tiempo que, así como puede haber un exceso temporario de cualquier bien considerado individualmente, también puede haber un exceso de bienes en general, no como consecuencia de la sobreproducción sino por falta de confianza comercial.